

EL ALABARDERO

PERIODICO POLITICO-SATIRICO BISEMANAL
CON CARICATURAS

SEVILLA, 25 DE MAYO DE 1881



A CALDERON DE LA BARCA
LA REDACCION DE EL ALABARDERO



EL ALABARDERO

PERIODICO POLITICO-SATIRICO BISEMANAL
CON CARICATURAS

SEVILLA, 25 DE MAYO DE 1881



A CALDERON DE LA BARCA
LA REDACCION DE EL ALABARDERO

ADVERTENCIA

¡Honrar la memoria de D. Pedro Calderon de la Barca!... ¡Qué puerilidad! Vivo ó muerto, Calderon no há menester más que de sus propias grandezas.

¿Quereis solemnizar un hecho? ¿Quereis enaltecer la fama del dramático insigne? ¿Quereis elevaros á la contemplacion y abstraer os en recuerdos de gloria?...—Disponed que todos los españoles lean, siquiera una vez sola en su vida, las obras de Calderon y realizaréis en la conciencia lo que difícilmente conseguiréis con manifestaciones bulliciosas, que sólo significan deslumbradores accidentes en la prosáica vida de los pueblos.

Los versos, ceremonias teatrales, dedicatorias y declamaciones públicas, divierten, sí señor, pero en poco ó en nada contribuyen á fijar en su grandiosa realidad el valor infinito de las creaciones del genio.

Por lo visto, hay quien opina lo contrario: EL ALABARDERO respeta esa opinion; pero, ajustando sus actos á la propia, honra la memoria del gran poeta, recordando lo que fué; apreciando lo que es, en concepto de sus admiradores doctos, y reproduciendo algunas de sus composiciones geniales de tradicion popular, que son como espléndidos destellos de aquella inteligencia luminosa.

LA REDACCION.

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

La extremada bondad del Sr. D. José María Asensio, hombre amantísimo de las letras patrias, á más de cedernos los valiosos rasgos biográficos con que hoy honramos nuestras columnas, nos ha facilitado una preciosa estampa, de donde tomamos el auténtico retrato de Calderon, que ocupa la primera plana de este número. Este rarísimo grabado fué hecho en Madrid, año de 1676, por P.^o Villafranca, *sculptor regius*, y lleva la siguiente inscripcion:



QVID RETRIBVAM DOMINO, PRO OMNIBVS,
QVÆ RETRIBVIT MIHI.
Psalm. 115.

Á nuestro querido amigo D. Tomás Povedano, redactor artístico de *La Ilustracion Bética*, hemos debido la copia del retrato de Calderon, y es de sentir que el poco tiempo de que podíamos disponer para trasladarla á la extraordinaria tirada de este número, nos haya obligado á emplear el procedimiento autográfico en vez de otro con que pudieran lucir más las apreciables condiciones del dibujo.

CALDERON

RASGOS BIOGRÁFICOS
DESTINADOS Á UNA LECTURA PÚBLICA
QUE NO LLEGÓ Á DARSE

Lope de Vega con su maravilloso ingenio, con su fecundidad asombrosa, se alzó con la monarquía cómica, y dió forma definitiva al teatro español. Separándose de las pretensiones del clasicismo, y reuniendo con feliz inspiracion el carácter nacional con el gusto popular, presentó un drama tan original, tan nuevo, tan español en todo, que para nada recordaba, en nada se parecía á los modelos de Grecia y de Roma.

Novelesco y popular como los romances, ideal en los afectos, idólatra del honor y de la belleza como los libros de caballerías, recibió la confirmacion por el aplauso del público que lo comprendia y lo admiraba.

De esta manera, aprovechando todos los elementos nacionales, la fecundidad inagotable de Lope de Vega fijó la forma de la representacion escénica.

D. Pedro Calderon de la Barca puso el sello á la obra. No estaba dotado de la vena prodigiosa de Lope; pero era más profundo en sus pensamientos, le superaba en la concepcion del plan, y más le excedia en el arte de desarrollar los argumentos, siempre con interés y con novedad.

Lope de Vega se apoderó del espíritu tradicional y caballeresco de *El Romancero*, le dió colorido novelesco y lo fundió en el molde que encontraba aceptado por su auditorio, en las formas dramáticas que usaron en sus representaciones Torres-Naharro, Lucas Fernandez, Sebastian de Horozco, Gil Vicente, y, más que todos ellos, el gran Lope de Rueda, varon insigne en la representacion y en el entendimiento, padre verdadero de la comedia española. Dió unidad á las tendencias populares, y sacó de aquel embrion un drama vigoroso, interesante y originalísimo.

Calderon fué el espíritu sintético. De mayor talento, aunque de imaginacion ménos poderosa, ménos creadora, perfeccionó el trabajo de Lope, aprovechando los de Tirso, Alarcon, Guillen de Castro y cuantos habian ayudado á llevar aquella gran máquina al gran Lope, contribuyendo á consolidar el drama bajo su forma nacional.

En la historia de nuestra literatura dramática son dos períodos de igual importancia, simbolizados por dos genios.

Sacerdotes ámbos, Lope y Calderon, impusieron al drama el carácter de raza, el sello católico, no solamente escribiendo las comedias de santos y los autos sacramentales, sino tambien pintando siempre al caballero español religioso, honrado y leal.

La religion, la lealtad y el honor, son la base de la leccion moral que nuestros grandes dramáticos ponian como dechado á la vista del público. Si peca el modelo, es por exageracion de esos nobles sentimientos; nunca por indiferencia ó frialdad.

Pero nos separamos un tanto de nuestro propósito, que es el trazar en breves rasgos la vida del gran ingenio, del sacerdote ejemplar, del celebrísimo poeta D. Pedro Calderon de la Barca, honra de las letras españolas, para que todos la recuerden en la celebracion del segundo Centenario de su fallecimiento.

Como precedente, y para que pueda apreciarse, como es debido, su importancia en la esfera del arte, quisimos indicar ligeramente el puesto que tan elevado escritor ocupa en la historia de nuestro teatro.

I

Hijo de D. Diego Calderon de la Barca y de D.^a Ana María de Henao y Riaño fué D. Pedro Calderon, que nació en Madrid á 17 de Enero del año 1600, y fué bautizado en la parroquia de San Martin el 14 de Febrero siguiente.

Procedia la madre de noble estirpe flamenca, y el padre, tambien de distinguida familia, desempeñó la Secretaria de Hacienda durante largo tiempo.

Recibió el jóven D. Pedro su educacion primera en el Colegio Imperial, á cargo de los PP. de la Compañía de Jesus.

Dicen que sus padres le destinaban á la carrera eclesiástica, pero que su inclinacion no le llevó entónces por ese camino. Del Colegio salió notablemente instruido en el latin y retórica, y con grandes recomendaciones y esperanzas de sus profesores.

En 1613, ántes de pasar á estudios en la Universidad de Salamanca, compuso su primera comedia, *El carro del cielo, San Elias* (1); y ciertamente en los seis años que cursó en aquella sábia Academia, alternaba con el estudio de la Jurisprudencia el ejercicio de la poesia, tanto lírica como dramática, á que le llamaba la índole especial de su ingenio; pues en el año 1620 se atrevió ya á concurrir al público Certámen y *Justa poética* de la beatificacion de San Isidro, presentando un *soneto* y cuatro *octavas*, que se imprimieron en el libro impreso en el mismo año (2), y de ellas dijo Lope de Vega:

«Á don Pedro Calderon
Admiran en competencia,
Quantos en la edad antigua
Celebran Roma y Athenas.»

El poeta que estos elogios merecia contaba apenas veinte años, y habia escrito ya comedias en el estilo de las del mismo Lope.

Concluida tenia, y no es dudable ser repre-

(1) Es de sentir que no conozcamos este primer destello del genio de Calderon. Ofreció publicarlo Vera Tassis, lo cual demuestra que se conservaba, pero no lo hizo.

(2) *Justa poética y alabanzas justas, que hizo la insigne villa de Madrid al bienaventurado san Isidro en las fiestas de su beatificacion, recopiladas por Lope de Vega Carpio.*—Madrid, Viuda de Alonso Martin, año 1620.

sentase en aquel mismo año, *La devocion de la cruz*; y tambien es de esta primera época la comedia titulada *En esta vida todo es verdad y todo mentira*, que suministró á Pedro Corneille el pensamiento para escribir su *Heracleo*.

Calderon, como el águila, desde el primer momento de tender las alas se remontaba hasta el cielo.

Nuevas composiciones ofreció el poeta para la *Justa de la canonizacion de San Isidro*, que tuvo efecto dos años despues; aunque ya entónces era más conocido, y *tenia ilustrados los teatros de España con sus ingeniosas comedias*, segun expresion de su amigo D. Juan de Vera Tassis y Villarroel.

De ánimo inquieto, ansioso de gloria, y con los brios de la primera juventud, parecia entónces á D. Pedro Calderon estrecho círculo el de la Corte. Deseaba conocer el mundo y ofrecer á su patria el tributo que todo hombre bien nacido creia entónces deberle, defendiendo su bandera en los campos de batalla. Así le vemos, abandonando los estudios y el cultivo de las letras, empuñar la espada y tomar plaza en el ejército español que militaba en Italia.

«El año veinticinco, pasó por su natural inclinacion á servir á S. M. al Estado de Milan, y despues á los de Flandes, en cuyo noble ejercicio supo hermanar con excelencia las armas con las letras: invencion muy en lisonja de ellas, pues ciñendo la espada al lado, honró su cabeza con las plumas.»

Poco más de tres años consagró el inmortal escritor al servicio de las armas, aunque hasta hace poco tiempo se ha creído habia militado mucho más.

Bastante fué, sin embargo, ese período para que acabara de formarse en el estudio de los hombres aquella inteligencia tan superior y que tanto se habia aprovechado en la consulta de los libros. Rasgos brillantes de pasion, aventuras y lances interesantes, sucesos maravillosos se encuentran en todas sus comedias, que son, á no dudar, recuerdos de su vida de campaña, memorias conservadas de aquellos primeros viajes de la edad juvenil, á juzgar por el sello de verdad que en sí llevan, así como por los accidentes naturales que en ciertas narraciones se revelan.

Pero volvamos á Madrid con el autor, pues él y nó las obras son objeto de estos rasgos.

II

Volvió D. Pedro Calderon de la Barca desde Flandes en el último tercio del año 1628, y, segun la conjetura más verosímil, atravesando la Francia. Apenas llegado á Madrid, un suceso grave turbó la tranquilidad de su familia.

Vinieron á las manos, ó, mejor dicho, á las armas D. Diego Calderon, hermano del poeta, y un cierto representante llamado Pedro de Villegas. Quedó herido de gravedad, y tal vez alevosamente, Calderon, y el agresor se retrajo en la iglesia de un convento de religiosas. Allí le persiguieron deudos y amigos del herido, y con ellos el ilustre dramático: intervino la justicia ordinaria, se forzó la clausura por sospechas de que en el interior se encontraba oculto el alevo homicida: *si fué sencillez piadosa de las monjas, ó cuidado prevenido de otros*, no es del caso investigar lo; y hasta se levantaron los velos á las religiosas para extremar el registro.

Fué de tanto bulto el suceso, que hasta en el púlpito y en presencia del rey Felipe IV habló de él el famoso predicador Fray Hortensio Félix Paravicino, en el Domingo de Septuagésima (14 de Enero) siguiente; lastimándose, son sus propias palabras, *del poco respeto que se tenia á Dios en sus templos, de la ofensa que padecia la religion, mal ejemplo del pueblo, etc.*

Calderon, mozo y soldado, lastimado y poco sufrido, aprovechó la ocasion de representarse de allí á pocos dias, un viernes del mes de Abril, su comedia titulada *El Principe constante*, é introdujo en ella unos versos intencionados (1) con ánimo de mortificar la vanidad del Predi-

(1) Este suceso ha sido investigado por el Sr. D. Juan E. Hartzenbusch, cuya pérdida lloran todavía las Letras españolas.—Los versos no se imprimieron luego cuando se dió á la estampa la comedia; y los insertamos para satisfacer la natural curiosidad de los lectores.

—¿Qué es eso?

—Una oracion se fragua
Fúnebre, que es sermón de Berberia;
Panegirico es que digo al agua,
Y en empononio horténsico me quejo;
Porque este encojo, desde que se fragua,
Con ella el vino, me quedó, y ya es viejo.

El predicador no veia solamente la alusion á su estilo en la enfática palabra *empononio*, que debió causar grande risa en el auditorio, sino que quiso suponer que la ofensa alcanzaba hasta al mismo Rey.

gador de S. M. calificando su oratoria de hinchada y ampulosa.

Dió de lleno en el blanco el gran poeta; y de tal modo lastimó al orador sagrado, que acudió al Rey con memorial pidiéndole se castigase á Calderon por aquellos *versos infames* (dándole una interpretación mucho más grave); y pudo el desahogo haber costado muchos disgustos á D. Pedro, sin la prudente intervencion del Cardenal Trejo, Presidente del Consejo de Castilla.

Este suceso, nuevo en la vida del insigne dramático, y cuyas circunstancias constan en documentos indudables, es de grandísima importancia, por el ancho campo que en él se descubre para conocer el carácter privado y particular del poeta, y su manera de ser en la sociedad.

El mismo padre Hortensio, en el *Memorial* de queja que presentó á Felipe IV, denunciándole los versos en que Calderon le sacaba al público, decía que éste era de genio atrevido, «pues en los Angeles este mismo año dió un bofetón (dicen) á un honrado caballero.»

Desde el año 1629 hasta el de 1635, en que ya se asentó con mayor firmeza su favor en Palacio, debió andar en la Corte pretendiendo algun adelanto en su carrera militar, y tal vez no muy bien atendido; pesando desfavorablemente en la contra de sus aspiraciones la influencia del predicador Fray Hortensio Félix Paravicino.

Nunca hemos creído faltara de la Corte y volviere á Flandes ni á Italia el poeta en los años que mediaron desde el suceso del representante Villegas hasta que escribió el *Certámen de amor y celos* en las circunstancias que vamos á exponer; confirmando nuestra opinion el crecido número de obras que escribió y se representaron en esos años.

En el de 1630 publicó Lope de Vega *El Laurel de Apolo*, y en la *silva* VII dejó estampado este elogio de D. Pedro Calderon:

«Con dezirte las señas,
Aunque callasse el nombre celebrado,
Desde las tuyas á las altas peñas
Del Pindo, del licor bañado
A cuya orilla los ingenios nacen
Que las doctas vigiliás satisfacen,
Que era don Pedro Calderon dirias;
Verdades son, que no lisonjas mias,
Que en estilo poético y dulçura
Sube del Monte á la suprema altura.»

III

Desde el año 1630 al de 1640 Calderon, en la plenitud de su fuerza, conocedor de los recursos de su vigoroso talento, continuó con gran actividad su vida literaria, cimentó su reputacion de una manera incontestable, y aseguró el favor de la corte, y del Monarca, que en 1636 le concedió el hábito de Santiago.

Á esta época corresponden casi todas sus mejores obras. *La dama duende*, *El escondido y la tapada*, *El médico de su honra*, *El mayor monstruo los celos* y *La vida es sueño*, con otras muchas de las más características, fueron escritas y representadas en esos diez años.

Esta sola indicacion es bastante para que se comprenda hasta dónde llegaría el entusiasmo de los españoles por el gran poeta, á quien ya miraban como gloria nacional.

El levantamiento de Cataluña hizo que fueran llamadas á campaña las órdenes militares, en el año 1640, y Calderon debía acompañar á los caballeros. Quiso Felipe IV detenerle en Madrid, bajo el pretexto de que terminase la comedia titulada *Certámen de amor y celos*, que debía representarse en el Retiro; pero mostrándose aquél en igual grado caballero y poeta, concluyó la comedia en poco tiempo y partió á Cataluña con las banderas de los freires, al lado del Conde Duque.

IV

Nombrado por el General Marqués de la Hinojosa para llevar una embajada al Rey, volvió Calderon á Madrid, y no se ausentó hasta que á la caída del Conde Duque de Olivares, que le había favorecido y á quien profesó grande amistad, creyó, sin duda, conveniente á su buen nombre separarse de la corte. Retirado en Alba de Tormes, para entregarse con mayor tranquilidad á las letras, escribió allí *Mananas de Abril y Mayo*, *El secreto á voces*, *El pintor de su deshonra*, y ese drama trágico, que áun hoy se representa con extraordinario aplauso, y que bastaría en nuestros tiempos para crear una reputacion y producir ruidosas demostraciones, *El Alcalde de Zalamea*.

V

Llamado por el Rey, escribió en el año 1649

la *Relacion de los festejos* con que se celebraron las bodas de D.^a Mariana de Austria.

Se ignora si en la vida del poeta ocurrió entónces algun suceso que le impresionara profunda y dolorosamente, ó si la resolucion que tomó fué hija de sus meditaciones al ver morir en el abandono al poderoso valido á quien habia contemplado poco ántes rodeado de aduladores, y que fué llamado *Atlante de la monarquía española*.

«El año de 51, por su Real cédula, le dió licencia el Consejo de las Órdenes para hacerse sacerdote.» Es lo único que dice su amigo y biógrafo, Vera Tassis, al ocuparse de tan súbita é inesperada mudanza.

VI

Desde entónces, atento á los deberes de su ministerio sagrado, quiso Calderon dejar á un lado la pluma que tantas alabanzas le alcanzara, y tan alta gloria proporcionó á su patria.

Hubo, con todo, de ceder á mandato superior y se ocupó en escribir *autos sacramentales* para las representaciones del dia de Córpus, no solamente en Madrid, sino tambien en Toledo, Granada y Sevilla, de donde con grandes instancias se los pedian; y dejándose vencer igualmente por los ruegos y por las órdenes del Rey, escribió comedias para las fiestas de S. M.

Poco trabajó, sin embargo, en este último período. Impedíanle de una parte del cultivo de las letras sus ejercicios de piedad y caritativas ocupaciones. De otra, retraíanle tambien las murmuraciones de muchos «que juzgan incompatibles el sacerdocio y la poesía,» segun expresaba el mismo Calderon en carta que se conserva, y ha dado á la estampa el célebre poeta D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

VII

Treinta años trascurrieron desde que Calderon recibió las órdenes sagradas hasta su muerte. Modelo de sacerdotes, no hay un solo dato en todo ese largo período que no corresponda á la idea más elevada que de tan santo ministerio formamos entre los más ejemplares.

Su fama era inmensa, pero su modestia era mayor todavía. En los *autos sacramentales*, ocupacion principal de su musa, se muestra tan docto teólogo como fervoroso cristiano é inspirado poeta.

Respetado por todos, querido por los cortesanos y admirado por el pueblo, llegó á la edad de ochenta años, sin que disminuyera ni se quebrantara el vigor de aquella poderosa inteligencia.

Nombrado Capellan de la de los *Reyes nuevos* de Toledo, en 1653, de honor de S. M. en la de Palacio, en 1663, y con otras distinciones que demuestran el gran aprecio en que era tenido por todos, cerró sus ojos á la luz el dia 25 de Mayo de 1681, legando á España los frutos de su ingenio en ciento veinte comedias, cien autos sacramentales y más de doscientas loas, sainetes y entremeses.

VIII

El juicio sobre la obra del poeta requiere mayor espacio y más detenimiento. No cabe entre rasgos biográficos. Para juzgar debidamente á D. Pedro Calderon en las múltiples manifestaciones de su ingenio, examinando sus dramas y las apreciaciones contradictorias de que han sido objeto, hasta llegar al culto que hoy se le tributa, tanto en España como en todos los países civilizados, señaladamente en Alemania, es de necesidad formar el cuadro del estado de las letras cuando apareció en el teatro el autor de *El médico de su honra*, y las evoluciones porque han pasado, tanto la literatura preceptiva como el gusto del público en los dos siglos trascurridos.

Las censuras se han reducido á los justos límites; la adoracion al genio se ha hecho universal; la posteridad admira al Rey de la escena española, y reconoce que por su altísima inteligencia

«Se eleva Calderon, y el cetro adquiere
Que áun en sus manos vigorosas dura.»

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

UN PENSAMIENTO

Entre varios interesantes que se nos han remitido para el número de hoy, y á que no damos cabida por falta material de espacio, escogemos la siguiente juiciosa apreciacion:

«Fortuna fué para Calderon tener por especta-

dores y jueces de sus dramas y comedias, en el siglo XVII, un pueblo amante de sus propias glorias, un Rey literato y una corte ilustrada, galante y fastuosa; y haber encontrado en el XIX sabios alemanes que le hicieran cumplida justicia, y españoles entusiastas de todo lo grande, noble y bello. Que si la suerte deparara al fénix de nuestros ingenios sólo críticos como los del siglo XVIII en España, y jueces de criterio estrecho y pedantería lata, ¿quién sabe si se hubiera prorrogado otras dos centurias más la conmemoracion del dia en que el alma del poeta subió al cielo, y su nombre se esculpíó en los muros del templo de la inmortalidad?»

JOAQUIN GUICHOT.

CALDERON Y LA CRÍTICA

Encerrar en un vaso de cristal toda el agua de los mares; medir la extension del espacio cubierto de estrellas; poner límites á lo ilimitado, fueran empresas fáciles y hacederas, comparadas con la de aquilatar el verdadero valor literario y artístico de las obras de D. Pedro Calderon de la Barca.

Nosotros, pobres pigmeos, que nos perdemos bajo el más oscuro ángulo del pedestal, miramos con asombro y respeto la estatua, y no queremos poner en ella nuestras manos profanas.

Quédense las lucubraciones críticas *ad hoc* para los que, más que la gloria de Calderon, buscan en esta solemnidad la propia gloria, y espiguemos nosotros en el campo esmaltado por las flores de otros ingenios que, si no subieron tan alto como el autor de *La vida es sueño*, están lo bastante cerca de él para tocar sin esfuerzo el borde de su ropilla.

Han sido tantos y tales los juicios críticos, los artículos laudatorios, los comentarios y paralelos que de los escritos del Príncipe de nuestros dramáticos se han hecho hasta la fecha, que sería tarea interminable recorrer todos sus laberintos.

No vamos, por lo tanto, á rebuscar, sino á reunir al acaso algunas opiniones acerca del hombre extraordinario que creó el verdadero teatro nacional y elevó hasta las nubes la escena patria.

Dos eruditos tiesos y apergaminados, los Moratines, osaron cortar las alas á la fama del gran hombre, pero sucumbieron bajo el peso de la atmósfera de gloria en que se cernía el águila: fuera de estos dos genios entecos y de este ó el otro escritorzuelo sabandija del siglo diez y ocho, nadie ha osado arrebatarse la corona de gloria que la España actual renueva con aplauso del mundo entero y hace reverdecer de una vez para siempre.

Calderon tiene la propiedad de los verdaderos colosos; crece cuanto más se aleja; va dominando poco á poco las alturas de los siglos que se amontonan.

Si bien es cierto que sus críticos hallan siempre algo que apuntar, al examinar los grandes monumentos literarios que nos legara, bien se echa de ver que en estas opiniones no se lastima su inmortalidad, sino que se pone de relieve la facultad que tuvo de adelantarse á las ideas nuevas, condicion propia de los que como él logran no confundirse con sus predecesores. Martínez de la Rosa decía: «En la mayor parte de los dramáticos se nota escasez y dificultad en la invencion y en la trama: en Calderon sólo se advierte exceso y demasia: en comedias de otros autores el espectador corre á la par del poeta: con Calderon se queda atrás y se reconoce inferior.»

Calderon es el poeta verdaderamente español, el poeta que lleva en sus venas la sangre de los Cides y de los Gonzalos, que templa su lira al calor de un sol por el cual suspiran aún los descendientes de Boaddil y Adarraman III.

Gil de Zárate, deteniéndose agradablemente en este punto, decía con limpia frase y acertado pensamiento:

«Tan profundamente grabado estaba en Calderon este carácter esencialmente nacional, que en cada escena, en cada frase, en cada palabra se revela, imposibilitándole de pintar nada que no fuese español. Vanamente recorre en sus numerosos dramas todas las naciones, todas las épocas de la historia, todas las creencias; vanamente deja el mundo real y se interna en la fábula ó en la region de las alegorías: siempre es el mismo; con él ningún hecho, ningún héroe toma el colorido local; con él jamás se oye el lenguaje que corresponde á sus personajes; así como tenia que prestarles á todos el habla castellana, castellanos los hacía en sus acciones, en sus ideas, en sus afectos; todo tiene que pasar bajo las horcas caudinas que su profunda nacionalidad impone á cuanto no es de su patria.»

¿Puede darse más hermoso defecto?

El decano de nuestros prosistas, el hombre profundo cuya vida ha sido un dechado de saber y buen gusto, el *curioso parlante* D. Ramon de Mesonero Romanos, se deleita con las creaciones de Calderon, y dice de él lo siguiente:

«Cien obras que pudiéramos citar colocan á Calderon en una línea especial, en un punto eminente sobre cuantos dramáticos han inventado, *antes y despues*, enredos teatrales, y son un testimonio claro de que su inagotable imaginacion le suministraba una rica vena de recursos poéticos, y le hacía parecer siempre nuevo, siempre ingenioso y siempre admirable. No sólo los poetas españoles, los autores más clásicos de Francia é Italia se apresuraron á rendir el homenaje debido á su talento: Corneille le debió su *Heraclio*; Molière tomó la idea

EL ALABARDERO

de *Las mujeres literatas* en la de *No hay burlas con el amor*, y el célebre Metastasio le imitó repetidas veces.»

Con sólo decir que Calderon es la encarnación de su siglo y el pintor de la sociedad de su tiempo, más ó ménos idealizada, estaría hecha su apología; que tal es la misión del verdadero genio al pasar como astro luminoso por el horizonte de una época; mas ya que hay quien haya dudado de ello, para terminar estos apuntes rapsódicos, en los que nada propio queremos adelantar, por no pasar plaza de atrevidos, reproduciremos unas cuantas líneas de Hartzzenbusch, el ilustre autor de *Los amantes de Teruel*, el sabio bibliotecario que coleccionó las obras de su amado maestro.

«¿Quién no aplaude y admira al pintor que, respetando la semejanza, da belleza singular al retrato? Eran los españoles del siglo XVII apasionados amantes de su ley, de su rey y de la belleza; principalmente eran valerosos y enamorados. Calderon, que, siguiendo las pisadas de Lope, había de poner en escena competencias de amor siempre que manejara asuntos profanos, miró alrededor de sí, miróse á sí propio, y no viendo en sí, ni en el resto de la sociedad española, más elementos sociales y dramáticos que honor y galantería, tomó lo más bello de aquél y lo más brillante de ésta, y abrió en el teatro cátedra pública de galantería y honor, proponiendo por modelos un caballero y una dama típicos, que produjo continuamente. El caballero está allí fiel y maravillosamente delineado; la dama aparece con más esplendor que verdad, porque en el caballero español todo lo bello era dramático, y en la mujer principal española no era dramático todo lo bello. El caballero español era valiente, apasionado y celoso; defendía á la mujer, amparaba á todo el que necesitaba su auxilio; podía amar, y podía decirlo; no sufría competidor; no había sacrificio que no hiciese por la amada ó por el amigo; no había poder que le hiciera sacrificar su honra: todo esto era bello en la realidad y en la imitación poética, en el mundo y en el teatro; y así no había que hacer más que trasladarlo de la vida al poema. Pero la dama española de entonces, recatada y honesta, que obedecía dócil á su padre cuando le daba un esposo, y era fiel á este esposo y le amaba al fin, aunque al principio le repugnara, no podía ser presentada así en el teatro, porque donde falta lucha no hay interés, y la virtud paciente, por más bella y admirable que sea, no es de efecto dramático; parece en el teatro que el que se resigna es porque siente poco, no excita vivo interés. Tenía, pues, Calderon que formarse una dama algún tanto ideal, reuniendo en una persona rasgos de carácter pertenecientes á mujeres de clases distintas; hízola altiva, grave y discreta, como la señora de corte; determinada, traviesa y sagaz, como la hija de vecino; un poco egoísta, es decir, incapaz de amistad con otra mujer, como lo son todas, porque la verdadera y única amistad posible en la mujer es el amor; su verdadero y único amigo es el hombre. También animaba el honor á esta encantadora criatura; pero la diferencia de sexo establecía una total diferencia entre su modo de obrar y el del hombre: aquél hacía alarde público de su amor; ésta necesitaba ocultarlo á su familia y al público: las tinieblas nocturnas, el traje negro de manto, y la oportuna falta de cuidado con llaves y puertas, facilitaban entrevistas al galán y la dama, ya en la reja, ya en la calle, ya en el mismo aposento de ella, donde un discreto y honestísimo coloquio solía ser turbado por la terrible aparición del padre ó del hermano ofendidos, ó por la aciaga visita de una rival ó un competidor, que convertían la dulce plática en acalorada riña de celos. Así corrían sus amores, cada vez más contrastados y más encendidos, hasta que un malogrado escondite, ú otro accidente, les daba cierto grado de publicidad doméstica, en cuyo apretado conflicto el honor, inexorable como el destino, decidía la suerte de todos.»

Hasta aquí Hartzzenbusch.

Ahora bien: probado que Calderon es el más español de nuestros dramáticos, poco trabajo nos costaría probar que es el más dramático de nuestros escritores: esto no lo intentamos siquiera, puesto que se ha encargado de probarlo la posteridad, y no pretendemos ser *médicos de su honra*.

ALGUNOS CUENTOS

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

De un recomendable libro publicado há pocos días por nuestro particular amigo D. Manuel Jimenez y Hurtado y que se titula *Cuentos españoles contenidos en las producciones dramáticas de Calderon de la Barca, Tirso de Molina, Alarcón y Moreto*, entresacamos los siguientes cuentos del inmortal autor de *El médico de su honra*.

I

PASQUIN. Un ciego en Londres había Tal, que no determinaba Los bultos con quien hablaba. En el resplandor del día; Y una noche que llovía (Como una de las pasadas) Á cántaros y á lanzadas, Por las calles caminando,

Se iba mi ciego alumbrando Con unas pajas quemadas. Uno que le conoció, Dijo: «Si no os alumbráis, ¿Para qué esa luz lleváis?» Y el ciego le respondió: «Si no veo la luz yo, La ve el que viene; y así No encuentra conmigo aquí: Con que aquesta luz que ves, Si no es para ver yo, es Para que me vean á mí.

La cisma de Inglaterra.—J. 1.—Esc. 6.

II

JUANETE. Cierta cura de un lugar Con un vecino reñía Donde su mujer le oía; Y entre uno y otro pesar, Airado el cura y sañudo, Dijo aquel nombre inhumano Que empezando en *cor-tesano* Viene á acabar en *des-nudo*. Su mujer á esta ocasion Dijo con desenvoltura: «Testigos me sean, que el cura Revela mi confesion.»

El pintor de su deshonra.—J. 2.—Esc. 2.

III

GINÉS. En un pozo un portugués Cayó; al verlo dijo un hombre: «¿Válgate Dios!» y el de abajo Le respondió: «Ja naom pode.»

No siempre lo peor es cierto.—J. 2.—Esc. 13.

IV

GARCÍA. Á un hombre que se casó, El padre de su mujer Se obligaba á sustentarle; Y leyendo el escribano: «Item, el señor fulano Se obliga desde hoy á darle Tanto tiempo de comer.» Dijo el triste desposado: «¿No dice más? Pues errado Viene, y echado á perder. Porque se ha de declarar Lo que yo he de recibir. Que ahí, señor, ha de decir: De comer y de cenar.» Y respondiéndole: «En esto Se entiende,» dijo: «No hay tal; Porque hay suegro literal Que no entiende más del texto Sin la glosa; y por quitar Pleitos que pueden venir, De cenar ha de decir. Ó no me quiero casar.»

Saber del mal y del bien.—J. 2.—Esc. 6.

V

CAMACHO. Llevando un día un villano Una sogá y una estaca, Una cabra y una cebolla, Halló una grande bellaca. Llamóle y díjole: «Gil, Ven acá, parlemos hoy En este campo.»—«Si voy Cargado de alhajas mil (Dijo él), ¿cómo podré Sin que se me rompan todas?» Dijo ella: «Mal te acomodas; Que eres necio bien se ve. ¿Qué llevas?»—«Tú lo verás: Una cebolla, una olla, Cabra, sogá, estaca y polla.»—«¿Eso es mucho? ¿Pues hay más (Dijo) de hincar en el suelo La estaca, y cuando lo esté, Atar la cabra de un pié Con la sogá, y en un vuelo, Para asegurarlo más, Meter la polla en la olla, Taparla con la cebolla La boca, y así estarás Seguro de que se abra, Y tendrás, si no te ahoga, Seguras estaca y sogá, Polla, olla, cebolla y cabra?» Cuando quiere una mujer, No hay inconveniente humano: Lo imposible ha de hacer llano.

Peor está que estaba.—J. 3.—Esc. 11.

VI

ESCARPIN.Uno, enamorado De su madre, muerte dió Á su padre. Este salió Á visita, y un letrado Empezó á bogar por él; Pero el Juez, muy impaciente, Dijo: «Un hombre tan prudente, ¿Un delito tan cruel Defiende, que mayor que él No se pudo hallar?»—Señor, (Dijo el letrado) es error; Que si á su madre matara Y á su padre enamorara, Fuera el delito mayor.

Los dos amantes del cielo.—J. 3.—Esc. 8.

VII

LÁZARO. Remendaba con sigilo Sus calzones un mancebo; Yo que le acechaba, vílo Y pregunté: «¿Qué hay de nuevo?» Y él respondió: «Sólo el hilo.»

Nadie fie su secreto.—J. 3.—Esc. 16.

VIII

JUANETE. Llegando una compañía De soldados á un lugar, Empezó un villano á dar Mil voces en que decía: «Dos soldados para mí.»—«Lo que escusar quieren todos (Dijo uno) ¡con tales modos Pides!» Y él respondió: «Sí; Que aunque molestias me dan Cuando vienen, es muy justo Admitirlos, por el gusto Que me hacen cuando se van.»

El pintor de su deshonra.—J. 1.—Esc. 3.

IX

D. FÉLIX. Estaba un almendro ufano De ver que su pompa era Alba de la primavera Y mañana del verano; Y viendo su sombra vana, Que el viento en penachos mueve, Hojas de púrpura y nieve, Aves de carmin y grana, Tanto se desvaneció, Que, Narciso de las flores, Empezó á decirse amores, Cuando un lirio humilde vió, Á quien vano dijo así: «Flor que majestad no quieres, ¿No te desmayas y mueres De envidia de verme á mí?» Sopló en esto el austro fiero Y desvaneció cruel Toda la pompa que á él Le desvaneció primero, Vió que caduco y helado Diluvios de hojas derrama, Seco tronco, inútil rama, Yerto cadáver del prado. Volvió al lirio, que guardaba Aquel verdor que tenía Y contra la tiranía Del tiempo se conservaba, Y díjole: «¿Venturoso Tú, que en un estado estás Permaneciente, jamás Envidiado ni envidioso! Tu vivir sólo es vivir; No llegues á florecer, Porque tener que perder Sólo es tener que sentir.»

Hombre pobre todo es trazas.—J. 1.—Esc. 6.

X

CALVETE. Decía un padre á un muchacho: «Cuando vas por vino pienso Que te lo bebes,» á que Respondió el niño gimiendo: «Yo nunca me bebo el vino, Señor, cuando voy por ello; Que, así Dios me salve, que No es sino cuando vuelvo.»

El fénix de España.—J. 2.—Esc. 16.

XI

D.^a BEATRIZ. Oid lo que á una caudal Águila le sucedió. Ésta, que con muestras graves Es, sin fatigado aliento, En los imperios del viento Reina de todas las aves, Quiso que la esfera octava Hija del sol la presuma; Y, siendo bajel de pluma, Ondas de fuego sulcaba. Llegó á la region dorada Y, con sedientos desmayos, Anhelando por los rayos Del sol, medio desmayada, Se volvió á la tierra y vió Que ninguna ave podía Seguir el vuelo que había Intentado, y dijo: «Yo Sola penetré la esfera De diamantes guarnecida; Que, muriendo de atrevida, No moriré cuando muera; Pues cuando rayo deshecho Y cometa desasido, Fénix del sol baje herido De rayos de luz mi pecho, Al despeñarme, al morir, Al abrasarme, al caer, Todos no podrán hacer Que ahora deje de subir. Pues á este aliento atrevido Que hasta el sol pudo llegar, El caer no ha de quitar La gloria de haber subido.»

Hombre pobre todo es trazas.—J. 1.—Esc. 6.

Imp. de GIRONÉS, ORDUÑA Y CASTRO, Lagar 3.